

EVA ILLOUZ

EL 8 DE OCTUBRE. GENEALOGÍA DE UN ODIO VIRTUOSO

Hasta el 7 de octubre de 2023, yo pensaba que los crímenes contra la humanidad eran los últimos acontecimientos capaces de unir las diferencias de creencias y opiniones en una comunidad moral de la compasión. También me pareció que la sensibilidad política más proclive a rebelarse ante las atrocidades era la mía, la izquierda. Estaba equivocada. Una gran parte de la izquierda mundial – llamada de diversas formas: izquierda identitaria, despierta, decolonial o progresista– negó la existencia de estas atrocidades o las celebró como un acto de «resistencia anticolonial». Esta izquierda ha abandonado, ignorado y estigmatizado a los conmocionados y desconsolados judíos, culpándoles de una falta primaria, la del colonialismo israelí. ¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

I. UN ENIGMA MORAL

En la escena mundial se producen ciertos acontecimientos que marcan inmediatamente una ruptura fundamental. El 7 de octubre fue uno de ellos. Hamás, la organización que tomó el poder por la fuerza en la Franja de Gaza en 2007 (asesinando a miembros del partido opositor Al Fatah) y que ha sido clasificada como terrorista por Estados Unidos y la Unión Europea, cometía crímenes contra la humanidad, asesinando a casi 1.200 israelíes, la mayoría de ellos civiles. Incluso los más acostumbrados al salvajismo humano se estremecieron ante la crueldad deliberada de estas masacres: niños y bebés asesinados a quemarropa, violencia y abusos sexuales de una intensidad inusitada, familias enteras calcinadas, desfiles públicos de cadáveres entre multitudes que bailaban y cantaban, todo ello filmado con regocijo y retransmitido a todo el mundo a través de las redes sociales. Se trataba de un nuevo régimen de atrocidad: lejos de esconderse, los terroristas se exhibían orgullosos con cámaras GoPro y retransmitían en directo las imágenes de sus asesinatos. Aún más chocante que este régimen «festivo» de crímenes contra la humanidad fueron las reacciones de un sorprendente número de progresistas que se unieron al alegre coro de las multitudes de Gaza.

Que yo recuerde, ninguna otra masacre –en el Sudán del Sur, el Congo, Etiopía, Sri Lanka, Siria y Ucrania– ha hecho tan feliz a tanta gente en Occidente y en los países musulmanes. El domingo 8 de octubre, en una manifestación de «Todos a la calle por Palestina» en la ciudad democrata de Nueva York, se pudo ver a gente jubilosa imitando el acto de degollar. Bret Stephens, columnista del *New York Times*, estaba en la manifestación. Buscó expresiones de tristeza o empatía, aunque fueran forzadas o convencionales. No encontró ninguna, solo discernió «embriaguez y júbilo»¹. No fue ni mucho menos un caso aislado. Joseph Massad, profesor de origen jordano de la Universidad de Columbia, calificó la masacre de «sorprendente», «innovadora» e «impresionante». Russell Rickford, historiador de Cornell especializado en la tradición del radicalismo negro, se declaró «eufórico» por el anuncio de la masacre². En una concentración similar en Brighton en el Reino Unido, un manifestante tomó un megáfono para describir los atentados como «hermosos», «inspiradores» y «exitosos». Y ello a pesar de que ya sabíamos que bebés y niños pequeños habían sido brutalmente masacrados.

En Francia, el Nouveau Parti Anticapitalista [Nuevo Partido Anticapitalista, NPA], creado en 2009, publicó un comunicado de prensa oficial el 7 de octubre afirmando su «apoyo a los palestinos y a los medios que han elegido para resistir»³. El movimiento poscolonial PIR (Parti des Indigènes de la République [Partido de los Indígenas de la República] celebró la masacre como una resistencia heroica⁴. Un miembro del grupo judío francés de izquierdas UJFP (Union Juive Française pour la Paix [Unión Judía Francesa por la Paz]) comparó a Hamás con el grupo Manouchian, es decir, el grupo de extranjeros que se unieron a la Resistencia francesa contra los nazis, solo para ser capturados y ejecutados por estos últimos⁵. En el

podcast *Democracy now!* [¡Democracia, ahora!] la profesora de retórica estadounidense Judith Butler consideró las atrocidades como un hecho de resistencia⁶. En Estados Unidos, treinta y tres grupos de estudiantes de Harvard atribuyeron toda la responsabilidad de la masacre... al propio Israel⁷. Entre los cientos de declaraciones que he leído, ésta de Andreas Malm, profesor estrella de ecología humana en la Universidad de Lund, en Malmö, me parece paradigmática: «Lo primero que dijimos en aquellas primeras horas [del 7 de octubre] no fueron tanto palabras como gritos de júbilo. Aquellos de nosotros que hemos vivido nuestras vidas con y a través de la cuestión de Palestina no podríamos haber reaccionado de manera diferente ante las escenas de la resistencia asaltando el puesto de control de Erez: ese laberinto de torres de hormigón, recintos y sistemas de vigilancia, esa instalación coronada de armas, escáneres y cámaras –seguramente el monumento más monstruoso a la dominación de otras personas en las que he penetrado jamás– de repente en manos de combatientes palestinos que habían dominado a los soldados de la ocupación y arriado su bandera. ¿Cómo no gritar de asombro y alegría?»⁸

Algunas mujeres habían recibido disparos en la cabeza mientras eran violadas, otras habían sido encontradas con la pelvis rota debido a la violencia de las agresiones sexuales, o halladas muertas con clavos en los genitales⁹. Ante estos hechos, este profesor, cuyo sueldo lo paga una universidad de una gran democracia, no sintió más que júbilo ante los terroristas camino de su pogromo. Que los palestinos sintieran una cierta *Schadenfreude* (alegría maligna) podría quizá explicarse a la luz de un conflicto centenario; pero ¿por qué los canadienses, estadounidenses, suecos o franceses de a pie, para quienes no estaba en juego ninguna memoria personal? ¿Cómo explicar su extraña alegría o indiferencia ante la noticia del pogromo? La emoción de las universidades, los intelectuales y los artistas del mundo fue de una uniformidad triste y sorprendente.

Judith Butler, el mencionado icono de la izquierda queer, fue invitada por el 3 de marzo de 2024 a una mesa redonda organizada en París por el partido decolonial Indígenas de la República. Sus comentarios sobre las mujeres violadas, torturadas y fusiladas a sangre fría solo podían dejar estupefacta a cualquier persona medianamente decente. «Haya o no pruebas de las supuestas violaciones de mujeres israelíes – dijo con una mueca escéptica– «de acuerdo, si hay pruebas, entonces lo deploramos [...] pero queremos ver esas pruebas y queremos saber si son justas». Si estas mujeres hubieran sido congoleñas, sudanesas o kosovares, Judith Butler probablemente no se habría atrevido a mostrar un escepticismo tan repugnante. El hecho de que las mujeres asesinadas fueran israelíes hizo que este escepticismo fuera legítimo, incluso de rigor.

Negacionismo y alegría ante la furia aniquiladora de Hamás siguen siendo un enigma inquietante para mí. Llevará tiempo descifrar las extrañas perversiones e inversiones que se han desplegado. El entusiasmo con el que cierta izquierda progresista acogió las noticias de las masacres en todo el mundo y su glorificación de los carniceros fundamentalistas es más que inquietante. El grotesco escepticismo de Butler y el sádico regocijo de Malm ilustran con contundencia que la sensibilidad moral de muchos intelectuales

progresistas requiere ahora un examen, como el que se haría de un enfermo que persiste en negar su patología, una tarea tanto más urgente cuanto que la izquierda con la que sigo identificándome ha luchado históricamente contra la barbarie colonial, contra el abuso de poder y contra toda forma de desigualdad. Fue la izquierda la que situó la dignidad humana en el centro de las instituciones políticas. Es a la izquierda a quien debemos nuestro progreso social y moral. Entonces, ¿cómo pudo una parte de la izquierda progresista acoger con indiferencia o alegría una masacre, sobre todo en los campus universitarios? ¿Por qué artistas, profesores e intelectuales –las mismas personas que se supone que defienden la causa de la humanidad– se mostraron tan indiferentes ante una masacre de judíos? Sea cual sea la posición política de cada uno sobre la respuesta militar de Israel, los acontecimientos del 7 de octubre justificaban una reacción compasiva, al menos hasta el 13 de octubre, día en que Israel comenzó a bombardear Gaza. Si el 13 de octubre ya parece demasiado indulgente, entonces al menos hasta el 8 de octubre.

¿Por qué fue el 8 de octubre la fecha en que la compasión, incluso fría y convencional, estuvo misteriosamente ausente? Este pequeño ensayo se limita a ese único día, durante el cual la izquierda identitaria demostró que su política va más allá del narcisismo ofendido y los *safe spaces* [espacios seguros]. Hasta entonces, los crímenes del identitarismo no eran más graves que los de abandonar el universalismo, la economía y la clase por el relativismo, la raza y la cultura, que repetir el mantra de la interseccionalidad y hacer del blanco el color culpable. Ahora esta política se revela más peligrosa: se asemeja a una visión cuasi religiosa del mundo, imbuyendo a sus adeptos de una misión de salvación y atribuyendo un mal radical a Israel. Sus orígenes, por tanto, no estaban enraizados en el odio, sino en una saludable expansión de los derechos democráticos. En las últimas décadas, sin embargo, una división maniquea del mundo ha hecho del odio un principio político más activo que el identitarismo progresista: Israel se ha añadido al eje del mal que son la blancura, el privilegio, el colonialismo, el capitalismo, la masculinidad y el calentamiento global. Las fuerzas del Bien son los indígenas, los Flinta¹⁰, los palestinos, la piel negra, el Islam, la Naturaleza. ¿Cómo llegó el conflicto palestino-israelí a formar parte de esta ingenua y peligrosa visión y división del mundo? ¿Y cómo ha llegado esta división simplista del mundo a dominar el mundo intelectual y artístico, el mismo mundo que se supone que garantiza el matiz, la complejidad y la verdad? Cuando viola las normas y formas elementales de la humanidad y la razón, el odio debe cuestionarse y hacerse inteligible, sobre todo cuando emana de las élites. Por desgracia, no tenemos motivos para creer que las élites culturales e intelectuales sean menos autocomplacientes o autoengañadas que las élites económicas.

II. IR CONTRA NATURA: LA AUSENCIA DE COMPASIÓN

Como sabemos, Jean-Jacques Rousseau situaba la piedad –actualmente la «compasión»– en el corazón mismo de lo que él llamaba naturaleza humana. En su famoso *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, de 1754, la naturaleza humana se define como una «repugnancia natural a ver perecer o sufrir a cualquier ser sensible, y especialmente a nuestros semejantes»¹¹.

En su tratado de 1840 *Sobre los fundamentos de la moral*, Arthur Schopenhauer rechazó el imperativo categórico de Kant y consideró que la compasión (*Mitleid*) era el fundamento de la moral¹². Y es precisamente porque semejante moral no presupone la razón por lo que Charles Darwin consideraba que la «empatía» era el más fuerte de los «instintos» evolucionados del hombre. Según él, los grupos humanos que más fomentaban la empatía, en forma de preocupación por los demás, no solo habrían prosperado mejor, sino que también habrían tenido el mayor número de descendiente¹³. Innumerables experimentos psicológicos confirman el carácter casi innato de la compasión¹⁴.

Por tanto, existe un amplio consenso en que la compasión es universal, instintiva e involuntaria. La izquierda ha institucionalizado tan bien la compasión que a menudo se burlan de ella por este motivo. Un informe del *think-tank* [fábrica de ideas] ultraconservador *The Heritage Foundation* escribió en 1997 que la izquierda liberal sufría de «compasión desenfrenada» y que ella «se ha vuelto particularmente adepta a jugar la carta de la compasión»¹⁵. La compasión es la emoción clave que diferencia la sensibilidad política de la derecha de la de la izquierda.

En un importante ensayo sobre la crueldad, el filósofo francés Paul Zawadzki formuló mi propia pregunta del siguiente modo: «La inclusión de la compasión en la naturaleza humana da lugar al enigma específicamente social de su desaparición»¹⁶. La compasión es tan natural que su desaparición, sobre todo dentro del grupo de personas que afirman tenerla en abundancia, se convierte en algo enigmático. El hecho de que tantos miembros de la izquierda progresista hayan carecido tan notoriamente de la compasión básica debería hacernos reflexionar. Paul Zawadzki sitúa acertadamente este enigma en el umbral entre lo psíquico y lo histórico. Esta es la pista que voy a seguir.

Así que esta es mi pregunta: ¿cómo puede una emoción considerada como instintiva y el fundamento mismo de la moral llegar a ser suprimida por una formulación política que, por tanto, afirma implacablemente esta emoción –y su propia virtud a través de esta emoción– suprimir esta emoción instintiva que se encuentra en la base misma de la moralidad? ¿Es esto posible precisamente porque esta ausencia de compasión se plantea como *una realización de la moralidad* y no como *una ausencia de la moralidad*? Para responder, sugiero tratar a esta izquierda progresista como una «tribu» exótica, con narrativas y mitos que producen explicaciones del mundo más cercanas a la creencia que al análisis.

Los trabajos de los investigadores en psicología social constituyen un punto de partida útil para esta investigación. Han establecido que el surgimiento y la expresión de la compasión pueden verse obstaculizados por tres factores: la percepción de proximidad o de distancia entre uno mismo y otros sufrientes¹⁷; la atribución de la responsabilidad del sufrimiento a la víctima¹⁸; el hecho de que se perciba a los que sufren como poderosos¹⁹. Así, las víctimas israelíes eran percibidas como distantes y ajenas, como responsables de su destino y lo suficientemente fuertes como para hacer frente a la agresión.

No cabe duda de que la ocupación, la violación de los derechos humanos dentro de los territorios ocupados, la arrogante fatuidad de Netanyahu y el reiterado uso del antisemitismo para silenciar a los críticos de Israel no son ajenos a la hostilidad hacia Israel, el distanciamiento de su población y la atribución de fuerza y culpa. En ningún caso quisiera convertir el análisis del fracaso de cierta izquierda en una negación deliberada del papel desempeñado por Israel en la negatividad que pueden suscitar las políticas de su gobierno. Pero eso no puede explicarlo todo. China y Rusia violan regularmente los derechos humanos y no provocan un odio similar. Putin, Trump y Xi Jinping son objetivamente tan cínicos y carentes de principios como Netanyahu, pero no son demonizados como él por estos mismos grupos. La represión asesina de Bashar El-Assad ha dejado 618.000 muertos. La guerra entre Etiopía y Eritrea entre 1998 y 2000 causó unos 70.000 muertos en total²⁰. El caso de la República Democrática del Congo (RDC) es aún más asombroso: desde 1996, el país ha sufrido dos guerras y una violencia continua que se han cobrado más de 6 millones de vidas y han desplazado a más de 6,5 millones de personas²¹. Los sucesos del Congo son «otro genocidio en el que la violencia extrema, la pobreza, el hambre y los desplazamientos reciben poca atención de los medios de comunicación»²². Algunos podrían objetar que estos países no son aliados estratégicos de Estados Unidos y de Occidente, que por tanto no son responsables de su comportamiento. Este argumento es falso. Turquía y Egipto son aliados de Estados Unidos y practican graves violaciones de los derechos humanos, encarcelan y persiguen a sus poblaciones y reprimen severamente a una minoría (los kurdos en Turquía o los Hermanos Musulmanes en Egipto). Ni Turquía ni Egipto han suscitado la indignación moral que parece suscitar solo Israel. Por muy cruel que sea la ocupación israelí, no es más fundamentalmente cruel que otras formas de conflicto y de violación de los derechos humanos. Esta asimetría va acompañada de otro hecho insólito: como ha dicho el especialista en terrorismo Bruce Hoffman, la razón de ser del Movimiento de Resistencia Islámica (Hamás) es la masacre de los judíos²³. Su programa es una guerra santa y genocida, declarada en sus dos Cartas y ampliamente confirmada por varios de sus dirigentes en numerosas ocasiones. Sin embargo, el vocabulario moral o descriptivo de esta izquierda simplemente ha borrado la existencia de tales intenciones genocidas.

Es esta negación, unida al júbilo morboso ante el anuncio de la masacre, lo que merece una explicación. No se trata de un punto ciego en una ideología por lo demás radiante. Al contrario, esta negación surge de las mismas razones que han hecho de Israel el epicentro del mal. Estas razones tienen todo que ver con lo que me veo obligado a ver como una nueva forma de antisemitismo *virtuoso*, un antisemitismo que, a

diferencia de su primo de extrema derecha, toma un camino sinuoso, porque pretende encarnar la moral misma. Este antisemitismo debe explicarse no por el odio al judío como tal, sino por los vericuetos que toma para que el odio al israelí encarne la virtud. Del mismo modo que Karl Marx equiparó el «judaísmo práctico» con el «dinero» y argumentó que la humanidad debía emanciparse del judaísmo («práctico»), los progresistas contemporáneos deben liberar ahora al judaísmo del «dinero» y argumentar que la humanidad debe emanciparse del judaísmo («práctico») del Estado de Israel. ¿Por qué y cómo se ha convertido en una perspectiva plausible la idea de que Israel es la fuente del mal radical? Explicar el antisemitismo en términos de antisemitismo es tautológico, sobre todo porque la ideología progresista pretende estar libre de racismo. Si hay antisemitismo, éste toma el camino paradójico de una virtud cuyos vericuetos hay que seguir y descifrar.

III. LAS CIENCIAS HUMANAS, SOSPECHOS NÚMERO UNO

Una encuesta realizada a finales de 2023 por el Instituto del Electorado Judío reveló que el 33% de los estadounidenses judíos menores de cuarenta años estaban de acuerdo con la afirmación de que «Israel comete genocidio contra los palestinos», en comparación con solo el 15% de sus mayores. Un asombroso 20% de la cohorte más joven estaba de acuerdo con que «Israel no tiene derecho a existir», frente a solo el 3% de los mayores²⁴. Esta brecha generacional en las actitudes hacia Israel sugiere que hay que buscar una explicación en el panorama intelectual y cultural de las últimas tres décadas.

Segundo indicio: el 9 de octubre de 2023, los miembros de la facultad de La Universidad de Columbia publicaron dos cartas, una defendiendo y otra condenando los atentados²⁵. Ram Fishman, economista israelí, examinó la afiliación de los numerosos firmantes y descubrió que los que estaban a favor de Hamás procedían principalmente de las humanidades y que los que estaban en contra de Hamás y a favor de Israel procedían de las ciencias duras y tecnológicas, los departamentos de economía y las escuelas de negocios²⁶.

Parece, por tanto, que las ciencias humanas son un buen punto de partida para esta investigación. La intuición de que la *French Theory* [Teoría Francesa] tiene afinidades con el antisemitismo ya fue sugerida por el trabajo pionero de Bruno Chaouat²⁷ sobre la cuestión y se ve confirmado por dos hechos empíricos: Los campus estadounidenses han sido un lugar privilegiado para la expresión de un antisemitismo sin precedentes, hasta el punto de que incluso se le ha dado un nombre propio: «antisemitismo dels campus» (el fenómeno ya existía, pero su magnitud a escala mundial no tiene precedentes); y el hecho de que muchos portavoces de la «teoría» (Judith Butler, Donna Haraway, Joseph Massad, Jasbir Puar y muchos otros) hayan expresado explícitamente su antipatía hacia las víctimas israelíes y su apoyo a las masacres.

Cuando hablo de «teoría», me refiero a un conjunto rico, complejo y diverso de teorías como «estilo de pensamiento». En su libro *Philosophy in New Key*, Susanne Langer sugiere que «cada periodo de la historia de la filosofía tiene sus propias preocupaciones... Si observamos la lenta formación y acumulación de las doctrinas que jalonan esta historia, podemos observar ciertas agrupaciones de ideas, no según el tema tratado, sino según un factor común más sutil que puede denominarse su “técnica”. Es la forma de tratar los problemas, más que su objeto, lo que los vincula a un periodo determinado»²⁸. La «teoría» ha producido un estilo de pensamiento, una forma de designar y nombrar los problemas, y una determinada manera de tratarlos. Es a este estilo, más que a un conjunto de teorías como tales, al que me refiero aquí. Esta estrategia nos permite salvaguardar el valor filosófico de un rico corpus de textos y centrarnos únicamente en sus usos simplificadores y simplistas. Para que quede claro: no existe una relación directa de causa y efecto entre la «teoría» y las reacciones señaladas anteriormente, sino que la «teoría» constituye el terreno cognitivo favorable en el que se injertan otras ideas y modelos culturales que, a su vez, sirven de

herramientas para legitimar un antisemitismo más directo.

IV. LA *FRENCH THEORY* COMO ESTILO DE PENSAMIENTO

La *French Theory* surgió en los campus universitarios estadounidenses a principios de la década de 1970 y estuvo estrechamente relacionada con el espíritu revolucionario que había invadido el mundo occidental a finales de la década de 1960. El antiamericanismo, el anticapitalismo y el anticolonialismo constituían sus fundamentos. La «teoría» es un batiburrillo de posmodernismo, posestructuralismo y deconstrucción que, a pesar de las muchas diferencias en sus premisas filosóficas, tienen dos fuertes elementos en común: su rechazo de los valores de la Ilustración y un rechazo aún más ferviente de Occidente. Se trata de una reacción comprensible, incluso saludable, a las asesinas aventuras coloniales de Europa y a las aventuras imperialistas de Estados Unidos en Guatemala, Irán, Chile y Vietnam. El hecho es que, a riesgo de caricaturizar, pensadores generalmente asociados con la izquierda estuvieron profundamente influidos por el pensamiento antidemocrático: el Marqués de Sade²⁹ que dio su nombre al «sadismo» y cuyas novelas celebran la crueldad; Friedrich Nietzsche³⁰ que no ocultaba su profunda antipatía por la democracia y sentía un notorio desprecio por el igualitarismo y las categorías judeocristianas del bien y el mal; Martin Heidegger³¹ cuya filosofía rechazaba los fundamentos de la modernidad y puede interpretarse de manera regresiva como una justificación filosófica de la ideología nazi; y Carl Schmitt, el jurista nazi que repudiaba las debilidades de la doctrina política liberal en favor de un sistema político basado en la división entre amigos y enemigos³². Lo que tienen en común estos improbables candidatos a la «teoría francesa» es un rechazo visceral de la razón, la moral universalista, el liberalismo, la tecnología y el mundo occidental. Esto ha dado lugar a un nuevo estilo de pensamiento que hay que descifrar.

PANTEXTUALISMO Y PODERISMO

La característica más llamativa de la «teoría» fue la extensión de la metáfora del texto a la vida social, lo que yo llamo pantextualismo. En esta perspectiva, la sociedad ya no está formada, como lo estaba para Marx, por máquinas, contratos y horas de trabajo, propiedad y salarios, clases y relaciones de producción. Con el pantextualismo, la sociedad se convierte en una vasta red de signos, textos, discursos y formaciones discursivas. La deconstrucción de Jacques Derrida fue quizá la forma más lograda de pantextualismo. Su objetivo era demostrar que los textos no tenían un significado estable y que, en consecuencia, la propia realidad ya no podía ser un punto de referencia. Su famoso «*no hay fuera del texto*»³³ convirtió la sociedad en un lenguaje y un sistema de signos. Las intenciones de los autores ya no desempeñaban ningún papel a la hora de establecer el significado de sus textos. Este significado pasó a ser, por así decirlo, interno y establecido por el intérprete. Como dice Derrida: «Un texto solo es un texto si oculta a la primera mirada, al que llega por primera vez, el hecho de que es un texto, la ley de su composición y las reglas de su juego [...]. En cualquier caso, la ocultación de la textura puede tardar siglos en deshacer su telón»³⁴. Descifrar la

sociedad ya no consiste en descifrar la dialéctica, a veces desordenada, de los acontecimientos históricos o las motivaciones e intenciones contradictorias de los agentes; ahora se trata de extraer el despliegue de una lógica simbólica y lingüística.

Estos planteamientos textualistas rechazaban oficialmente el marxismo, pero conservaban un aspecto central de éste, la denuncia del poder. Las nociones de «disciplina», «vigilancia»³⁵ y «orientalismo»³⁶, aunque no eran marxistas, hacían del poder el significante último que había que extraer de los textos. Este poder era abstracto y no tenía agente, y abarcaba la totalidad de las prácticas textuales y las esferas sociales. La galantería masculina, el despido de trabajadores para aumentar los beneficios, el tratamiento psiquiátrico, un algoritmo, una ideología racista: todos ellos se convirtieron en lugares de ejercicio del poder, sin que fuera posible distinguir entre poder legítimo e ilegítimo, brutal o indirecto, económico o simbólico. La noción de poder se generalizó tanto que las propias omisiones del lenguaje se interpretaban ahora como exclusiones, o incluso como formas de opresión. Llamo a esta posición epistemológica «poderismo»³⁷.

Esta práctica interpretativa, cuyo objetivo es rastrear el poder, está siendo considerada invariablemente como «radical». A sus seguidores les gusta decir: «La deconstrucción es “perturbadora”, “disruptiva”, ella “desenmascara”, “subvierte”, “desmonta”, “desarticula”, “revela”, “desafía” y, palabra favorita de sus practicantes, es un “escándalo”»³⁸. La hermenéutica –la ciencia de interpretar textos– se ha convertido en una performance de protesta y resistencia, que contiene en sí misma las experiencias emocionales de la indignación y la denuncia, el drama de la provocación, el vuelco de las jerarquías. Cuando comparamos el poderismo con las concepciones sociológicas tradicionales del poder, lo que está en juego en esta estrategia resulta más claro.

Marx situaba el poder en la propiedad, en los medios de producción y el control sobre las condiciones del contrato de trabajo. Para Max Weber, el poder se definía como la capacidad de tomar decisiones por los demás y/o de influir en su comportamiento³⁹. Ambas concepciones del poder son empíricas y distinguen entre los que tienen poder y los que no. El poderismo no quiere ni puede hacer esta distinción, porque considera que el poder es constitutivo de todas las relaciones sociales. Al hacerlo, deja de ser concreto y tangible, y por tanto falsable. Más aún: el hecho mismo de que una lengua, una cultura y una sociedad incluyan ciertas categorías y no otras, privilegien ciertos valores y no otros y, más en general, no piensen en ciertas categorías, valores o grupos, es a partir de ahora una forma de poder. A través del poderismo, la crítica textual se convirtió en algo más que un ejercicio de hermenéutica: se convirtió en una actuación moral de denuncia. Jacques Derrida parece haberse prestado de buen grado a esta utilización de sus ideas. En declaraciones casi banales, seguidas por ávidos seguidores, afirmó que: «lo que pone en marcha la deconstrucción [...] [es]el mandato indestructible de la justicia»⁴⁰. La justicia se integró en el propio conocimiento, haciendo del conocimiento un acto moralmente performativo y de la deconstrucción algo imbuido de pathos moral. Aquí también, la diferencia con la noción marxista de crítica es instructiva.

LA SUPERCRÍTICA

En una carta al joven hegeliano Arnold Ruge de septiembre de 1843, Marx declaró que su objetivo era la «crítica despiadada de todo lo que existe»⁴¹. Despiadada como era, la crítica marxista tenía tres etapas: la crítica inmanente, que consistía en buscar incoherencias lógicas, contradicciones internas y aporías en las ideologías dominantes. A ésta seguía el esclarecimiento de la propia realidad. La tercera etapa era igualmente crucial: una reconstrucción de las posibilidades contenidas en la realidad por medio de la «teoría»⁴². Esta última etapa era afirmativa e impedía que la crítica se convirtiera en la crítica crítica que Marx aborrecía.

La crítica deconstructivista es muy diferente: ya no distingue entre ciencia y mito. Las incoherencias no se evalúan según una lógica externa al texto, sino que se hacen coherentes mediante una lógica intratextual, dejando de ser la realidad una fuente de confrontación con el mito y el lenguaje. Si todo es texto, la propia distinción entre mentira y verdad queda obsoleta. La «deconstrucción» se despojó de todo anclaje epistemológico capaz de garantizar la validez de sus afirmaciones, pero no abandonó la certeza del hablante. La certeza del hablante sustituye a los métodos de la verdad, que yo definiría como los procedimientos de impugnación de una proposición según criterios aceptados por los miembros de una comunidad de conocimiento. Este enfoque de la crítica tenía otro efecto: la caza de las supresiones, cuyo descubrimiento era un logro moral, debía ser superada constantemente por una denuncia mayor, que yo llamo la supercrítica. Israel, por ejemplo, es a menudo acusado de «pinkwashing» por la izquierda progresista. El hecho de que Israel cuente con una amplia comunidad LGBTQ+ integrada en todos los niveles de la sociedad se denigra y se considera una cortina de humo para ocultar violaciones de los derechos humanos. Esta crítica adopta diversas formas: «pinkwashing», «artwashing», «gender washing», «greenwashing»* se basan en el mismo modelo, según el cual el progreso se convierte en poder oculto, ampliando así el alcance de la crítica, que ahora se aplica tanto al poder como al propio progreso político y moral.

ESTRUCTURAS ITINERANTES

Al pantextualismo, el poderismo y la supercrítica se unió una cuarta noción clave: la estructura itinerante. La «teoría» llegó tras la gran revolución epistemológica que supuso el estructuralismo lingüístico y antropológico, reelaborado por el marxismo althusseriano. Según Althusser, la economía, la política y la ideología forman estructuras interconectadas que mantienen los intereses de los dirigentes⁴³. El gran historiador marxista Edward Palmer Thompson fue quizás el primero en comprender el desastroso alcance

* Lavado de imagen por la integración de la comunidad LGBTQ+, por el arte, por la perspectiva de género, por las políticas verdes. [N. trad.]

de la noción althusseriana de estructura. Según Thompson, Althusser vació la historia de sus actores históricos, proponiendo en su lugar un «teoricismo ahistórico»⁴⁴. La descripción que hace Thompson del sistema de Althusser corresponde muy bien a la «teoría» en su conjunto: un imperialismo teórico que se convirtió en un sistema tan cerrado en sí mismo que podía ignorar cualquier diálogo con el mundo empírico, lo que hacía imposible refutarlo. Como el poder en el poderismo, la estructura es un concepto estático, sin agente, puramente abstracto, postulado axiomáticamente por el erudito. Desprovisto de existencia empírica, podría transponerse de una disciplina a otra y de un contexto a otro. Esto es lo que yo llamo una estructura itinerante. Dado que la estructura se sustentaba fundamentalmente en el poder, ahora tenía la onerosa tarea de explicar todas las indignidades humanas. El sexismo, el capitalismo, el racismo, la vigilancia disciplinaria y el orientalismo se convirtieron en estructuras de opresión que se reflejaban y ampliaban mutuamente. Combinadas con el análisis del poder, las estructuras sin agentes se convirtieron en agentes de opresión fijos, invisibles, poderosos y casi ontológicos.

De este análisis se desprenden cuatro cuestiones sociológicas. La primera es que estos conceptos y métodos han sustituido a la historia y han reducido los procesos sociales a conceptos elegantes como «vigilancia», «performance de género» u «orientalismo». Al ofrecer una visión coherente y global de la realidad, basada en conceptos abstractos e invisibles, han llegado a constituir literalmente una nueva realidad en el sentido en que Peter Berger y Thomas Luckmann entienden la realidad religiosa⁴⁵. Del mismo modo que los ángeles y los demonios son, para los creyentes, una realidad tanto más fuerte cuanto que son invisibles, los conceptos clave de la *French Theory* se asemejaban en su abstracción al Dios invisible y se hicieron reales a través de su institucionalización en la enseñanza universitaria. La Universidad es una institución tan poderosa como la Iglesia, cuya fuerza reside en el vínculo que establece entre la familia nuclear y el mercado económico.

Segundo punto: la pantextualización de la vida social y el poderismo se extendieron a un gran número de disciplinas adyacentes de las humanidades y las ciencias sociales, transformando el conocimiento en una forma continua de crítica. Esta actividad crítica, que produce a la vez moralidad y certidumbre, confirió a las ciencias humanas un nuevo estatus simbólico, que habían corrido el riesgo de perder en favor de las ciencias sociales y exactas que, a partir de los años cincuenta, dominaron el campo de la producción académica. El nuevo estatus simbólico de las ciencias humanas combinaba el prestigio de dos posiciones, la que Max Weber había llamado la del profeta y la del sacerdote⁴⁶. Este último tenía un cargo en una institución y el primero se basaba en el carisma. Utilizando la influencia y la seguridad de una institución poderosa, los seguidores de la «teoría» proferían vituperios morales como profetas.

El tercer punto es que la «teoría» se ha forjado una autoridad sabia tanto más poderosa cuanto que es irrefutable, no falsable y se basa casi exclusivamente en afirmaciones morales y no en procedimientos científicos. Esta autoridad moral procede del poderismo, de la persecución y la denuncia del poder y de la supercrítica. Protege a sus seguidores de la crítica y crea una nueva forma de capital simbólico, que yo

llamaría capital moral. El hecho de que la «teoría» fuera totalmente no falsable –las estructuras invisibles explicaban la opresión y la opresión se explicaba por la estructura– tuvo el efecto de aumentar considerablemente la autoridad simbólica de los practicantes de la «teoría». La certeza y la autoridad están vinculadas a lo que los psicólogos cognitivos Daniel Kahneman y Amos Tversky han denominado la «ilusión de validez», un poderoso sesgo cognitivo. Cuando nos enfrentamos a datos que parecen coherentes y estructurados, sobreestimamos nuestra capacidad para predecirlos e interpretarlos con precisión⁴⁷. Cuanto más claro y coherente es el patrón, más seguros están los intérpretes de sus propias predicciones, lo que convierte a la «teoría» en un terreno privilegiado de «validez ilusoria».

Por último, dado que la «teoría» no es una ciencia acumulativa y que el mundo académico está estructurado como un mercado, la competencia profesional ha llevado a sus partidarios a subir constantemente la apuesta en su denuncia de la opresión. Para responder a las presiones del mercado en favor de la diferenciación y la distinción, la «teoría» tuvo que subir constantemente la apuesta de la interpretación, descubriendo cada vez más supresiones de voces previamente silenciadas, siendo cada vez más radical. Los investigadores compitieron aumentando el acto performativo de la moralidad, cada nueva interpretación tenía que ser más moral y más radical que la anterior para denunciar una nueva opresión. Así pues, la radicalidad conllevaba sus propias recompensas institucionales: permitía la diferenciación profesional y la singularización en un mercado intensamente competitivo.

Todos estos elementos crearon las condiciones perfectas para el surgimiento de la ciencia autoritaria. Por ciencia autoritaria entiendo que se dieron las condiciones epistemológicas y sociales para que fuera difícil, si no imposible, cuestionar un tipo de conocimiento, tanto por ser no falsable como por estar asimilado a la propia moral. Cualquier objeción a la idea de las estructuras opresoras sería sospechosa y denunciada como inmoral, de forma similar a la lógica religiosa, que puede condenar al ostracismo a cualquiera que cuestione el dogma establecido (porque ostenta la supremacía moral) y es, por definición, no falsable. Parafraseando a Pierre Bourdieu, podríamos decir que este conocimiento da lugar a un capital moral: la invocación de una forma de conocimiento demuestra la moralidad del hablante.

Pero para que los judíos y los israelíes se conviertan en sujetos de estudio pertinentes para esta nueva forma de pensamiento, se requieren mediaciones culturales adicionales. Las encuentro en dos procesos convergentes. El primero es la relación que los judíos han mantenido con otras minorías dentro de diversas democracias. El segundo, más amplio y geopolítico, tiene que ver con el hecho de que el dominio occidental se ha visto cada vez más desafiado por antiguos países colonizados y por potencias políticas que compiten con Occidente; por ejemplo, el 23 de julio de 2024, catorce organizaciones palestinas, entre ellas Hamás, viajaron a China para ser «unidas» por esta última⁴⁸. Es en este doble contexto en el que la «teoría» permite reformular la cuestión de Israel.

V. LA COMPETENCIA ENTRE LAS MINORÍAS

En 2020, tras el asesinato de George Floyd, seiscientas organizaciones judías, que representaban a la mayoría de los judíos estadounidenses, firmaron una carta conjunta en apoyo del movimiento Black Lives Matter (BLM): «Hablamos con una sola voz cuando decimos inequívocamente: las vidas negras importan. Apoyamos el movimiento liderado por negros en este país que pide responsabilidad y transparencia en el gobierno y en la aplicación de la ley. Sabemos que la libertad y la seguridad de cada uno de nosotros depende de la libertad y la seguridad de todos»⁴⁹. El tono conmovedor de la carta reflejaba el hecho de que los judíos habían participado intensamente en la lucha de los negros por los derechos civiles en las décadas de 1950 y 1960 (e incluso antes). Pero el 8 de octubre de 2023, muchos sectores del BLM guardaron silencio o se pusieron del lado de Hamás. Esta fue quizá la reacción más dolorosa de todas. ¿Cómo podían convertirse en enemigos dos grupos que habían compartido tantas batallas?

Tres procesos sociales subyacen y explican esta hostilidad abierta. Hasta finales de la década de 1950, muchas universidades estadounidenses ponían límites (cuotas) al número de estudiantes judíos admitidos. El antisemitismo era una parte declarada y legítima de su política de selección de personal. La Shoah hizo más difícil el antisemitismo flagrante, y esta discriminación empezó a debilitarse. El sistema de cuotas que había impedido a los estudiantes judíos entrar en la universidad desapareció en los años setenta. Por tanto, el antisemitismo fue un obstáculo más fácil de superar que el racismo contra los negros, porque su base institucional era más débil que la del racismo contra los afroamericanos, que se basaba en la institución de la esclavitud, tan poderosamente devastadora. A partir de entonces, la movilidad social de los judíos fue rápida y dejaron atrás a aquellos con los que habían compartido barrios, escuelas y agravios. Esta movilidad social abrió una brecha entre dos grupos que antes habían sido víctimas del mismo racismo⁵⁰. El segundo factor fue que la comunidad afroamericana apoyó la legislación de la discriminación positiva para luchar contra el racismo de manera que, en algunos casos jurídicos célebres, ciertos judíos se opusieron a ello –los primeros tenían toda la razón al no confiar en la «ciega» imparcialidad de las instituciones blancas. Por las mismas razones, los negros recurrieron a la política separatista de la identidad, que veían como la única respuesta a la extrema indignidad de su condición. Los judíos, por su parte, se inclinaron por el universalismo procedimental, que les había favorecido como minoría. Por último, la propia Shoah fue una tercera fuente de división. A partir de los años setenta, se convirtió en objeto de una atención sin precedentes en Occidente, encarnando el mal radical y la culpa inexpiable mucho más que la esclavitud –a pesar de que Estados Unidos era directamente culpable de la segunda, no de la primera (su negativa a acoger a los refugiados judíos que huían de los nazis es un caso de responsabilidad indirecta). El genocidio de los judíos ocupó un lugar central en el escenario conmemorativo, y el martirio de los judíos adquirió incluso un carácter sagrado en una época en la que Estados Unidos seguía negando la inhumanidad de la esclavitud⁵¹.

Por tanto, los judíos se beneficiaron, por así decirlo, de un doble privilegio sociológico, sobre todo en comparación con las minorías afroamericanas. Pudieron convertirse en miembros de las clases media y alta solo dos o tres generaciones después de su llegada, y disfrutar así de los «privilegios» de su piel blanca –clase y raza son los dos marcadores de la dominación social en Estados Unidos⁵². Pero también podían conmemorar el genocidio de los judíos como un acontecimiento universal, que afectaba a todo el género humano. Los judíos dominaron a los negros dos veces, una social y económicamente, y otra como víctimas de un genocidio que eclipsó todos los demás horrores de la historia⁵³. Económicamente estables, sociológicamente blancos y víctimas indiscutibles de un genocidio sin precedentes, los judíos eran una minoría «dominante», percibida como beneficiaria de favores y privilegios.

Esto creó las condiciones para una competición en el victimismo que fue tanto más aguda cuanto que tuvo lugar en el contexto de transformaciones más amplias en las relaciones entre Occidente y el Sur global, y las minorías racializadas tuvieron que recurrir ahora a nuevos esquemas analíticos para entender el racismo del que eran víctimas indiscutibles.

VI. EL DECOLONIALISMO, EL PODERISMO Y OCCIDENTE

Las luchas anticoloniales deberían haber desaparecido una vez que las potencias coloniales se hubieran retirado de los países colonizados, como ocurrió en la India, el Congo, Argelia y Vietnam. Pero no fue así. El poscolonialismo como «teoría» cobró impulso tras la desaparición del colonialismo occidental. Hay tres razones para ello. Por un lado, los países descolonizados cayeron a menudo en el caos, la religión o la dictadura, un hecho que se explicaba por la persistencia de estructuras coloniales duraderas –las «estructuras itinerantes», debatidas más arriba. Por otro lado, el antiimperialismo fue un arma ideológica en luchas geopolíticas más amplias, convirtiéndose en la principal ideología del Sur global, apoyada por potencias como China y Rusia. Por último, la lucha antiimperialista fue asumida por la izquierda académica y los partidos comunistas para defender a las minorías inmigrantes que sufrían la doble indignidad de la discriminación y la explotación económica. Por estas tres razones, el decolonialismo se ve reforzado por la desaparición del colonialismo occidental.

Walter D. Mignolo y, antes que él, Anibal Quijano, dos académicos sudamericanos, están en el origen de la noción de decolonialidad⁵⁴. Inspirada en el famoso *Orientalismo*⁵⁵ de Edward Said, situó en el centro de los mecanismos de poder no la infraestructura (la infraestructura económica y política del poder del colonialismo), sino las estructuras de pensamiento y percepción que estaban en el centro de los mecanismos de poder. Sarah Trembath, profesora de la American University, explica: «La decolonialidad no es descolonización. La descolonización se refiere a la transferencia física y política de poder entre las potencias colonizadoras y sus futuros antiguos súbditos. [...] La decolonialidad, en cambio, es un estado de ánimo o una praxis; es una orientación hacia la cultura marcada por el compromiso de eliminar lo que queda de la época colonial en la cultura, la educación, la sociedad, etc.»⁵⁶ La decolonialidad ha convertido el colonialismo en una estructura cultural occidental, activa mucho después de que la colonización haya dejado de existir, a menudo para explicar la dificultad de estos países para autogobernarse. La decolonialidad es una estructura que contiene la misma realización de radicalismo y moralidad que la «teoría» y pretende reeducar la mente. Como les gusta decir a sus practicantes, «desobedece y se desprende» de la matriz colonial del poder. Es una práctica de «desobediencia epistémica»⁵⁷. Encontramos la postura de la «teoría»: la insistencia en el papel de los textos, la proyección de conceptos abstractos e invisibles sobre la realidad, el poderismo, la dicotomía entre estructura opresora y resistencia, Occidente ontologizado como una vasta estructura de poder maligna redefinido como blanco, la propensión a utilizar un vocabulario romántico de «desobediencia» y «resistencia», la postura moral del denunciante. Así es como el colonialismo se convirtió en una estructura itinerante.

A partir de entonces, el colonialismo dejó de ser un acontecimiento para convertirse, como señala el sociólogo nigeriano Peter Ekeh, en una estructura social⁵⁸. Como estructura, podía durar mucho tiempo,

convirtiéndose en un tema permanente de la lucha política. Según Quijano, la colonialidad es transhistórica, no solo el acto de conquistar tierras, sino también el hecho de reproducir la colonización mucho después de que haya cesado⁵⁹. Patrick Wolfe, historiador reconocido por fundar el campo de estudio del colonialismo del poblamiento, lo ha descrito como «una estructura permanente, no un acontecimiento»⁶⁰. Si es una estructura, puede detectarse en diferentes contextos, formalmente coloniales o no; de hecho, la noción misma de contexto ya no tiene razón de ser, ya que la estructura puede viajar del pasado al presente, de un Estado colonizado a otro descolonizado. Así, para Patrick Wolfe, Israel es un Estado colonial, afirmación que consiste en proyectar la Ocupación de los territorios conquistados en 1967 sobre el nacimiento mismo del Estado en 1948, negando así el reconocimiento internacional que recibió en 1947. Siguiendo el patrón de las estructuras itinerantes, 1967 (la Ocupación) se convirtió en 1948 (la creación del Estado de Israel). Kwame Nkrumah, líder anticolonialista, primer Presidente de Ghana y principal teórico del neocolonialismo, lo definió como «la tentativa moderna de perpetuar el colonialismo mientras se habla de “libertad”»⁶¹. En otras palabras, de acuerdo con la idea misma del pantextualismo, el poderismo, la supercrítica y la estructura itinerante, las intenciones ya no cuentan. Incluso descolonizado, un país puede seguir colonizado. La América de Jim Crow es similar a la América posterior a 1964, año en que se promulgó la Ley de Derechos Civiles bajo la administración Johnson. En palabras de Kendall Thomas, coeditor de *Critical Race Theory*, «la teoría crítica de la raza es un esfuerzo por ir más allá de la búsqueda de culpables imputando motivaciones racistas, prejuicios racistas, animadversión racista y odio a los individuos, y examinar cómo la desigualdad racial está incrustada en las estructuras de formas de las que a menudo no somos conscientes»⁶². De ello se deduce que la libertad y el progreso son una farsa porque la estructura siempre prevalece sobre las políticas y sus buenas intenciones y, al ser itinerante, sabe perpetuarse subrepticamente.

La decolonialidad se ha convertido en uno de los marcos teóricos clave para entender la esclavitud y el racismo en Estados Unidos. También ha tenido un efecto significativo en las relaciones entre las comunidades judía y afroamericana. Por un lado, dado que los judíos no habían sido colonizados, sino exterminados, el antisemitismo no podía encajar en el marco del racismo colonialista, que se había convertido en el esquema dominante para explicar las injusticias sociales. Aún más: como los judíos fueron «blanqueados» por su movilidad ascendente, y como la Shoah pareció eclipsar y desplazar otras formas de dominación racial, la centralidad que la masacre de los judíos ocupó en la mala conciencia occidental se interpretó como una forma de relegar a un segundo plano la historia de los racializados y, por tanto, como una forma de dominación de las minorías racializadas. El resultado es que se ha llegado a negar la vulnerabilidad de los judíos, se ha asociado el recuerdo de su masacre con el poder y su exterminio por los nazis se ha convertido, extrañamente, en una fuente de resentimiento. Convertida en una estructura abstracta e itinerante, reproducible de un contexto a otro, la decolonialidad superpuso las relaciones entre negros y judíos en Estados Unidos a la historia general del colonialismo y a la relación entre Israel y Palestina, que se convirtió en el paradigma del colonialismo. Esto se vio facilitado por el hecho de que

Israel se describiera a sí mismo como un Estado de apartheid a partir de la década de 1990, lo que tuvo el innegable efecto de movilizar la identificación de los negros con los palestinos y crear una continuidad fantasmática entre las dos causas.

El resultado fue una reescritura de la historia, facilitada por el hecho de que las intenciones de los actores y las circunstancias de sus acciones se volvieron superfluas e incluso engorrosas. Se borró el hecho de que el sionismo era fundamentalmente antirracista, ya que era una respuesta y un antídoto contra la persecución y el odio; que los judíos de la Palestina, teniendo en cuenta el mandato, habían librado una lucha anticolonial (a partir de 1939 se opusieron a los británicos que se habían apropiado del territorio); que habían llegado de Europa y de los países árabes como refugiados huyendo de una muerte segura (los países árabes nunca han asumido hasta hoy la responsabilidad de sus pogromos antijudíos); y sobre todo que eran tan indígenas como los árabes, probablemente más, ya que la presencia judía en Palestina se remonta a 3.000 años atrás. Estos hechos hicieron del conflicto israelo-palestino un caso complicado y ciertamente único, pero su especificidad histórica desapareció bajo el peso de las «estructuras itinerantes». Por último, el poderismo y la supercrítica convirtieron la memorialización de la Shoah en un nuevo ejercicio de poder, que empezó a percibirse únicamente en términos de «instrumentalización». La importancia memorial de la Shoah en Occidente se reinterpretó como una marca de la supremacía del Norte, borrando una vez más la particularidad de la condición judía y el nacimiento del Estado de Israel.

El decolonialismo da lugar así a lo que el analista marxista Steve Cohen ha denominado «antisionismo trascendental», una forma de antisionismo que ya no tiene ninguna relación con las acciones concretas del Estado de Israel ni con las políticas de su gobierno. «Este antisionismo puede existir sin Israel, sin Sión e incluso sin sionismo»⁶³. «Este antisionismo atribuye un poder desmesurado a Israel y lo extiende a los judíos del mundo. Esta extensión es perceptible, por ejemplo, en el hecho de que el término «sionista» se ha hecho infame.

VII. DE LA ALIANZA ROJA-VERDE A LA ALIANZA VERDE-VERDE

LA MATRIZ DECOLONIAL

La relación entre los judíos y la lucha contra el racismo ha tenido un destino extrañamente similar con los musulmanes franceses, ejemplificando la creciente tensión entre dos grandes minorías de la República Francesa.

El MRAP (Mouvement contre le Racisme, l'Antisémitisme et pour la Paix [Movimiento contra el Racismo, el Antisemitismo y por la Paz]) se fundó en 1949. Citando a Bruno Chaouat, «el MRAP había establecido vínculos retóricos entre el Holocausto, el fascismo y el antisemitismo, por un lado, y las “formas de racismo y dominación colonial”, por otro. [...] Así, al principio de la lucha contra el racismo [...], la memoria del Holocausto era el paradigma de otras formas de discriminación, en particular contra los pueblos colonizados»⁶⁴. A finales de la década de 1960, como consecuencia del aumento de las poblaciones inmigrantes de las antiguas colonias, el MRAP se centró cada vez más en los inmigrantes, ya que una serie de atroces crímenes cometidos contra los árabes a principios de la década de 1970 hacían urgente su defensa. El hecho de que los judíos siguieran un patrón de movilidad social ascendente pareció crear de nuevo las condiciones para la competencia entre grupos y, en 1977, la palabra antisemitismo se eliminó del nombre de la organización⁶⁵. El Mouvement contre le Racisme et l'Antisémitisme et pour la Paix se convirtió en el Mouvement contre le Racisme et pour l'Amitié entre les Peuples [Movimiento contra el Racismo y por la Amistad entre los Pueblos]. Una vez más, los judíos quedan excluidos de las minorías.

Al igual que en el caso de los afroamericanos, en la década de 1970 se amplió la brecha entre las minorías judía y árabe-musulmana, de nuevo debido a la movilidad social de los judíos. Hay muchas razones para esto⁶⁶. Tras el régimen de Vichy y el final de la Segunda Guerra Mundial, que reveló al mundo el alcance de los crímenes nazis, el antisemitismo abierto tuvo que pasar a la clandestinidad, convirtiendo a los judíos en una minoría percibida como «protegida». Además, el Estado francés hizo del laicismo una condición para la movilidad social, condición que la comunidad judía cumplió fácilmente debido al principio de *dina d'malkhuta dina*, es decir, el mandato religioso de obedecer la ley civil del país en el que viven los judíos. Al no haber sido nunca una religión de diáspora sino, por el contrario, la religión dominante de un vasto pueblo, el Islam no tenía ninguna razón para adoptar este tipo de acomodación, que exponía a los musulmanes a la reprobación de una sociedad ferozmente laica. La tercera razón está relacionada con la colonización francesa, que en 1870 instituyó un sistema de tres niveles. En la Argelia colonizada, los musulmanes solo podían obtener la ciudadanía francesa si renunciaban a ciertos principios del Islam (poliginia, repudio de las mujeres, matrimonio de los hijos sin su consentimiento, privilegio masculino en la herencia), mientras que los franceses la concedían a los judíos y a los árabes católicos. Nunca sabremos si la decisión contraria les habría evitado el racismo y la islamofobia de los que fueron víctimas indudables, pero puede decirse que esta diferencia de estatus y sus consecuencias en la trayectoria socioeconómica

de los diferentes grupos, dio lugar a un resentimiento *post-hoc* por parte de las minorías musulmanas, puesto que estas se dirigen a las desigualdades objetivas cuando estos grupos emigraron a Francia. Así, cuando Francia empezó a traer mano de obra de las antiguas colonias para sus industrias, creó las condiciones para la explotación económica de musulmanes y la guetización de los musulmanes, mientras que los judíos ya experimentaban una rápida movilidad social que les permitía mezclarse más fácilmente con la población mayoritaria.

Al igual que en Estados Unidos, la guetización de los inmigrantes musulmanes en las zonas urbanas, a menudo reducidos a vivir en condiciones de pobreza y miseria, se ha amalgamado, asimilado y confundido con la antigua colonización de gran parte del norte de África, en particular de Argelia. Una explica la otra por una estructura itinerante. El racismo explica la colonización y la colonización explica el racismo, que ahora forman una matriz única.

El Islam y la izquierda han empezado a desarrollar afinidades estratégicas e intelectuales, que algunos han denominado islamo-izquierdismo, una palabra que prefiero no utilizar porque contiene demasiados fenómenos distintos y es más polémica que analítica.

LA ALIANZA ROJA-VERDE

Tras un brevísimo coqueteo con el sionismo, a partir de la década de 1950 la Unión Soviética comenzó a librar una implacable campaña antisemita. La Unión Soviética se presentó como una fuerza antiimperialista contra Estados Unidos, y la principal innovación de su ancestral antisemitismo ruso consistió en equiparar el sionismo con el imperialismo, y asociarlo así con el principio del mal que era Estados Unidos⁶⁷. Esta propaganda demostró ser mucho más duradera que el propio régimen soviético. Destiló en el mundo árabe, tanto más fácilmente cuanto que éste se había opuesto ferozmente al nacionalismo judío y algunos de sus dirigentes habían adoptado la ideología nazi ya en la década de 1940. Hassan Al-Banna, por ejemplo, fundador del movimiento de los Hermanos Musulmanes en Egipto en 1928, era tan devoto de Hitler que tradujo *Mein Kampf* como *Mi Jihad*⁶⁸. Una de las afinidades entre el nazismo y la ideología de los Hermanos Musulmanes, aún presente y activa en el Hamás contemporáneo, es la intención de eliminar a todos los judíos, en Oriente Próximo y si es posible en todo el mundo. La propaganda antisionista soviética llegó así a un Oriente Próximo ya contaminado por el antisemitismo islamista pronazi. Hamás es el heredero directo de esta nebulosa religiosa, nazi, nacionalista y antiimperialista, pero esta historia ha sido totalmente olvidada en Occidente. Una de las razones de este «olvido» es que la realidad era contradictoria: el colonialismo europeo en Oriente Próximo coexistía con el hecho de que la ideología nazi había sido adoptada por ciertas corrientes islamistas, a su vez una reacción al colonialismo. Como la víctima no podía ser también el verdugo, a la izquierda antiimperialista le resultaba narrativamente más fácil sustituir la figura del proletario por la del musulmán, haciendo de éste una clase universal a la espera de ser liberada del

yugo del imperialismo occidental. La figura de Chris Harman, marxista británico, ilustra cómo se produjo esta reformulación en muchos partidos comunistas europeos. Consideró la revolución islamista del ayatolá Jomeini, líder fundamentalista de Irán a partir de 1979, como un intento antiimperialista (antiamericano) de regeneración cultural. El régimen iraní fue retratado en términos de resistencia, lo que más tarde se convertiría en un elemento central de los estudios poscoloniales y decoloniales. Además, el islamismo se veía como una lucha de clases y, por tanto, en la jerga de la izquierda, envuelto en el halo glorioso de la lucha anticapitalista. «El islamismo nació en sociedades traumatizadas por el impacto del capitalismo, inicialmente en forma de una conquista exterior a través del imperialismo»⁶⁹. Según Chris Harman, éste es el hilo conductor de sociedades tan diversas como Irán, Afganistán y Argelia. «Lejos de ser agentes directos del imperialismo, los movimientos [islamistas] han hecho suyas las consignas antiimperialistas y ciertas acciones antiimperialistas»⁷⁰. Esta reinterpretación del Islam consigue ocultar el hecho de que el islamismo puede ser tanto una reacción al colonialismo como una ideología asesina, que su oposición al sionismo puede tener un objetivo nacionalista y genocida, y que el terrorismo es una reacción a la desposesión y un martirologio morboso.

Pero el enfoque benévolo e ingenuo de la izquierda fue escuchado. En 1991, Irán organizó una conferencia mundial en apoyo de la revolución islámica en Palestina. Esta conferencia reunió a Hamás y a las facciones marxistas de la OLP y fue un intento consciente de fusionar a los fundamentalistas y a la izquierda bajo la égida del antiimperialismo⁷¹. El movimiento se amplió con la organización de varias conferencias de este tipo en El Cairo, todas ellas pretendiendo «luchar contra el imperialismo y la globalización», palabras clave de la izquierda. En consonancia con esta nueva configuración política, el propio líder de la organización terrorista Al Qaeda, Osama Bin Laden, aunque miembro del Islam suní, sugirió que se uniera a la izquierda, aunque representara los valores seculares que despreciaba. Cuando Estados Unidos estaba a punto de invadir Irak en 2003, Bin Laden declaró: «No hay nada malo en tales circunstancias si los intereses de los musulmanes coinciden con los de los socialistas en la lucha contra los cruzados, a pesar de nuestra firme convicción de que son infieles»⁷². En mayo de 2007, Ayman al-Zawarihi, lugarteniente y sucesor de Bin Laden, fue aún más lejos, declarando: «Quiero que los negros de América, la gente de color, los indios de América, los hispanos y todos los débiles y oprimidos de América del Norte y del Sur, de África y Asia y del mundo entero sepan que cuando libramos la yihad en el camino de Alá, no lo hacemos para levantar la opresión de los musulmanes solamente, sino levantar la opresión de toda la humanidad, porque Alá nos ha ordenado no aceptar nunca la opresión de ningún tipo»⁷³. Mediante la alquimia de las estructuras itinerantes, el anticapitalismo, la antiglobalización, el antiimperialismo occidental y el antisionismo se unen a la liberación de todas las opresiones. Países chiíes como Irán y organizaciones suníes como Al Qaeda invocan deliberadamente el vocabulario romántico de la izquierda antiimperialista.

Esta evolución forma parte de una lucha geopolítica más amplia. Aunque tiene poco en común con los regímenes de izquierda, Irán ha formado un eje de unidad con la Venezuela de Chávez, en una alianza

antiestadounidense. Durante su visita a Caracas en 2007, Ahmadineyad, entonces presidente de Irán, proclamó que seguiría «resistiendo al imperialismo hasta el final», mientras que Chávez pudo afirmar a cambio que el líder iraní era uno de los mayores luchadores antiimperialistas⁷⁴. Lo mismo puede decirse del brasileño Lula, que se ha colocado a la cabeza del Sur Global y ha descrito la guerra de Israel en Gaza como una nueva Shoa⁷⁵. Lo mismo puede decirse de Sudáfrica, que mantiene estrechos vínculos con Irán y presentó una denuncia contra Israel ante la Corte Internacional de Justicia en 2024, una acción que nunca antes había emprendido contra regímenes asesinos de su propio continente. Está claro, pues, que tanto dentro como fuera de los países occidentales, la alianza del islam y la izquierda ha demostrado ser especialmente poderosa, precisamente a través de las narrativas del imperialismo y el colonialismo.

La última novedad en la alianza entre rojos y verdes es la que se ha producido entre verdes y verdes, a saber, la ecología y el islam. Andreas Malm, citado al principio de este ensayo, lo formuló él mismo. Sitúa el origen de los males del mundo en 1840, año fatídico que vio nacer la máquina de vapor, que, al funcionar con carbón, creó el reto del acceso a los combustibles fósiles. En su opinión, los británicos lo extendieron a todo el mundo, incluso mediante la colonización. 1840 fue también el año del nacimiento de lo que él llama despectivamente «manía sionista» (el nacionalismo judío comenzó al menos cuarenta años más tarde), que se convertiría en una política abierta con la Declaración Balfour de 1917 que abría el camino a un Estado para los judíos. «El momento que desencadenó la globalización del vapor, a través de su despliegue en la guerra, fue también el momento que concibió el proyecto sionista», escribe Malm⁷⁶. Si aún quedaban dudas sobre el poder de la estructura itinerante, he aquí otra de sus afirmaciones: «Podríamos parafrasear el lema de la escuela de estudios coloniales y decir que el apoyo imperial a la entidad sionista es una estructura, no un acontecimiento»⁷⁷. El propio Israel se ha convertido así en una estructura; y el apoyo internacional a Israel forma parte de esa estructura, una estructura singularmente desestructurada ya que contiene y mezcla capitalismo, tecnología, imperialismo occidental, oleoductos, máquinas de vapor, sionismo evangélico y sionismo judío. Esta megaestructura se encarna en una estructura generadora, Israel, que se convierte en responsable del cambio climático. No importa que los mayores productores de petróleo sean países árabes o que el sionismo no tenga nada que ver con el carbón o el petróleo. Lo que importa es que Israel, el petróleo, los oleoductos, el capitalismo occidental y el sionismo forman ahora una única matriz cultural, conforme al modelo del poder y las estructuras itinerantes; y que Israel, como estructura generativa, es responsable de la destrucción del planeta. Como en *Los protocolos de los sabios de Sión*, Malm ha sustituido a los judíos por los sionistas y ha hecho más concreta y palpable la destrucción del mundo por los judíos en forma de cambio climático.

Así que no es de extrañar que los islamistas ahora también estén preocupados por el calentamiento global, e Irán ha hecho varias declaraciones en este sentido. En palabras de Karagiannis y McCauley: «Cuando los islamistas empiezan a hablar de globalización y calentamiento global, es hora de empezar a prestar atención»⁷⁸.

EL PARTIDO DE LOS INDÍGENAS

El Partido de los Indígenas de la República [Francesa] (PIR) ilustra la culminación de esta lógica, que integra antirracismo, retórica poscolonial, antisemitismo antisionista e islam conservador. Houria Bouteldja fundó el partido en 2010 con Youssef Boussoumah, responsable de las Campañas Civiles Internacionales para la Protección del Pueblo Palestino (CCIPPP). Al igual que los afroamericanos, considera que la discriminación racial es consecuencia del colonialismo. Merece la pena citar la forma en que el partido se presenta en su página web: «El PIR es un espacio para la organización autónoma de todos aquellos que quieran comprometerse en la lucha contra las desigualdades raciales que relegan a los negros, árabes y musulmanes a un estatus similar al de los indígenas en las antiguas colonias: marginación política, estigmatización de nuestras culturas y religiones (sobre todo en los medios de comunicación), brutalidad policial por motivos de raza, discriminación en el empleo, la vivienda y la educación, represión de los inmigrantes y los habitantes de los barrios, etc. De manera más general, el PIR lucha contra todas las formas de dominación imperial, colonial y sionista que sustentan la supremacía blanca a escala internacional. [...] Nuestro objetivo prioritario es [...] construir una fuerza política indígena autónoma capaz de influir en la evolución de la sociedad francesa y de las políticas públicas. A largo plazo, el objetivo del PIR es establecer un gobierno decolonial basado en una nueva mayoría política en Francia. Para ello, trabaja en la construcción de alianzas capaces de movilizar y unir a los pueblos sobre una base decolonial»⁷⁹.

El partido promueve hábilmente un islam envuelto en un lenguaje decolonial. Aboga por una alianza entre negros y musulmanes e invoca el racismo y la colonización como estructuras itinerantes capaces de crear una alianza objetiva entre grupos dispares, cuyo objetivo es derrotar a la supremacía blanca y hacerse con el poder. Houria Bouteldja es también muy explícita en su desprecio por el modelo judío de integración. En su libro, *Les Blancs, les Juifs et Nous* [Los blancos, los judíos y nosotros], escribe: «No se conoce a un judío porque se declare judío, sino por su deseo de mezclarse con la blancura, de plebiscitar a su opresor y de encarnar los cánones de la modernidad»⁸⁰. Lo despreciable de los judíos es su adhesión a la modernidad y su capacidad para ser una minoría que acepta las reglas de la mayoría. Aún más interesante para nuestros propósitos es su estrategia consciente de forjar alianzas sistemáticas con las universidades anglosajonas, confiriendo así a su movimiento una influencia intelectual y una legitimidad que un partido de este tipo normalmente no habría podido alcanzar. Con motivo del décimo aniversario del PIR, por ejemplo, la famosa activista y escritora Angela Davis fue la invitada de honor⁸¹. Judith Butler también fue invitada de honor en 2023-2024, un «golpe de efecto» para una organización con fama de homófoba. En la página web de PIR, hay una entrevista reciente con el Dr. Tasnim Mahmoud Sammak, profesor asociado de la Universidad de Monash en Australia y activista palestino, miembro de Free Palestine Melbourne: «El movimiento de solidaridad con Palestina aquí en Australia ha cambiado radicalmente de dirección a raíz

de un creciente desafío a la *soberanía blanca y al poder imperial dentro de la colonia capitalista australiana* [...]. Uno de nuestros puntos fuertes ha sido dar prioridad a la solidaridad internacionalista a la vez que invertimos en la construcción de poder decolonial, cultivando la solidaridad afro-palestina, así como con papúes, asiáticos y otras comunidades racializadas de la diáspora»⁸² (subrayado nuestro).

El decolonialismo desplegado por el PIR utiliza las redes altamente globalizadas del mundo académico, posiblemente el más globalizado del mundo. Su ideología ha penetrado en la política francesa, y el partido de izquierdas La France Insoumise [Francia Insumisa] ha adoptado gran parte de su terminología y estrategia. Cabe señalar que esta estrategia se refleja en la presencia de los Hermanos Musulmanes en Francia, con cientos de sucursales en universidades americanas, en forma de organizaciones como *Samidoun, Students for Justice in Palestine y Families for Justice in Palestine*⁸³.

Israel ha sido así un vector conceptual y cultural para articular procesos dispares: la competencia entre minorías y la inteligibilidad que el discurso decolonial otorga a la discriminación y el racismo, por un lado, y la alianza entre el islamismo y la izquierda decolonial y las estrategias globales para debilitar a Occidente, por otro. Los palestinos, el Islam, el decolonialismo y las minorías racializadas oprimidas se integran en una única matriz antioccidental que convierte a Israel en una nueva mitología, en el sentido barthesiano del término, es decir, una idea que sintetiza subideas contradictorias, vincula a numerosos grupos sociales diferentes y tiene fuerza de autoridad al simbolizar valores poderosos. A través de una serie de mediaciones culturales e intelectuales, la «teoría» y el decolonialismo han convertido el sionismo en una estructura y una ontología que combina colonialismo, capitalismo, blancura y cambio climático. Esta mitología y sus campos semánticos constituyen uno de los secuestros retóricos más espectaculares de la historia contemporánea. Irónicamente, en la formulación de Derrida, la catacresis es a la vez algo impropio (ya que de hecho es un error semántico) y una oportunidad: una vez perdido el significado inicial de la palabra, el signo puede reconfigurarse⁸⁴. El sionismo como colonialismo es una vasta catacresis que ha ofrecido una tremenda oportunidad a diversos actores políticos, miembros de minorías, islamistas, partidos de izquierda en busca de nuevos electorados arco iris, naciones rivales de Occidente. Los judíos siempre han sido terreno fértil para la proyección fantasmática. El sionismo ha ocupado su lugar, convirtiéndose en un significante «flotante» sobre el que se proyectan los crímenes del racismo, el colonialismo, el calentamiento global y el capitalismo. Si el 8 de octubre tantos progresistas se alegraron ante la noticia de la masacre de israelíes, fue porque la noción de Israel había sufrido una transformación semántica radical, ella misma en la confluencia de diversos procesos políticos y sociológicos, tanto intranacionales como globales.

VIII. UN ODIO VIRTUOSO

El historiador David Nirenberg sugiere que el antisemitismo se ha utilizado a menudo a lo largo de la historia para articular el odio a las figuras de poder. Por ejemplo, cuando la gente quería oponerse al poder de los reyes, los asociaba con judíos⁸⁵. Para Nirenberg, el odio a los judíos surge de la idea de que los judíos corrompen un principio moral, que representan algo profundamente ilegítimo, que son el corazón mismo de la fuerza corruptora del poder: en su opinión, éste es un tema recurrente del antijudaísmo como modo de pensamiento que pretende desenmascarar la corrupción que se oculta tras la tersa superficie del mundo. Haciendo referencia a Adorno y Horkheimer, que ven el antisemitismo como una especie de enfermedad general de la sociedad, Nirenberg también lo ve como una patología de la falta de pensamiento. El antisemitismo surge de una «brecha entre nuestras ideas sobre los judíos, el judaísmo o la judeidad, y la complejidad del mundo». Por eso «el antisemitismo proporciona a sus seguidores un consuelo cognitivo: la fantasía de que la brecha entre nuestra comprensión del cosmos y su aterradora complejidad no existe»⁸⁶.

Esta idea de comodidad me parece crucial. Esta comodidad tiene dos dimensiones: una es cognitiva, vinculada a un juicio rápido y casi instantáneo, lo que Daniel Kahneman ha denominado *cognitive ease*, la facilidad cognitiva⁸⁷. El segundo está relacionado con el hecho de que este juicio refuerza nuestra identidad social, ya sea de clase, étnica, sexual o religiosa, a menudo a través de las categorías morales del bien y del mal. El primer punto tiene que ver con los atajos cognitivos, formas rápidas de pensar; el segundo, con la forma en que establecemos nuestra identidad por referencia a las condiciones institucionales que nos permiten afirmar «lo que somos» y «quiénes somos nosotros». La combinación de ambos crea a su vez nuevas «intuiciones» morales, es decir, juicios sobre el bien y el mal que parecen evidentes y, por tanto, imposibles de cuestionar.

COMODIDAD COGNITIVA

Una serie de dispositivos pueden proporcionar consuelo cognitivo: invocación de palabras con carga emocional, repetición, orden de presentación, efectos de halo, encuadre, etc. Esta forma de pensamiento es asociativa, parcial y se basa en patrones preexistentes; puede ser fácilmente manipulada por la propaganda o la publicidad simplemente invocando palabras con fuertes connotaciones o repitiendo el mismo mensaje. Una de estas formas me interesa especialmente: lo que Daniel Kahneman llama «falacia narrativa» (*narrative fallacy*), es decir, el uso de patrones narrativos familiares para explicar acontecimientos desconcertantes o nuevos⁸⁸. Paradójicamente, según Kahneman, es más fácil construir una historia coherente cuando sabemos poco, cuando hay menos piezas que encajar en el rompecabezas. Nuestra reconfortante convicción de que el mundo tiene sentido se basa, pues, en la capacidad casi

ilimitada del ser humano para ignorar su ignorancia⁸⁹. Estamos diseñados cognitivamente para sacar conclusiones precipitadas a partir de pocas pruebas. Esto significa que cuanto más coherentes son un relato y una historia, más fácil resulta sacar conclusiones. El pantextualismo, el poderismo, la supercrítica y las estructuras itinerantes han constituido un formidable arsenal cognitivo para dar forma a la coherencia narrativa de lo social. La «teoría» tiene el extraordinario poder de crear tales formas de comodidad cognitiva porque reúne una enorme cantidad de elementos dispares en categorías amplias que organizan por sí mismas el mundo a través de una narrativa que evita los escollos de la contradicción, el detalle y la complejidad. Cuentan la historia del mundo a través de categorías narrativas que borran el caos de la historia, la ordenan moralmente y crean una nueva intuición moral: la causa palestina, incluso cuando la defiende un grupo genocida, es intrínsecamente buena; Israel, incluso cuando responde a un ataque, encarna el mal.

LA COMODIDAD IDENTITARIA, O LA LUCHA DE LAS MINORÍAS

La identidad se establece a través de un gran número de operaciones simbólicas: categorizaciones, exclusiones, distinciones e identificaciones proyectivas. El antisemitismo y el antisionismo se han convertido en marcadores clave de la identidad social gracias a dos procesos sociológicos subyacentes: la competencia socioeconómica y la victimización de las minorías, por un lado, y las diversas estrategias simbólicas para afirmar la superioridad moral de un grupo, por otro lado.

Los judíos desarrollaron las características sociológicas de lo que Pierre Bourdieu denominó el oblató, una persona que se ofrece al servicio de un monasterio y vive en él, aunque sin someterse a las reglas de los votos monásticos. El oblató es el concepto utilizado por el sociólogo para designar a los individuos y grupos que ingresan en instituciones –muy a menudo educativas– y que, una vez que han triunfado en ellas, abrazan plenamente los códigos y reglas⁹⁰. La culpa de la Shoah (que mitigó temporalmente el antisemitismo), la extraordinaria expansión económica de posguerra de Estados Unidos y Europa y la propia orientación académica de los judíos los convirtieron en oblatos prototípicos. Ingresaron en masa en las universidades y siguieron una espectacular trayectoria de movilidad social. Pero las clases y los grupos sociales mantienen una relación de lucha. Esta lucha no es solo entre los desposeídos y los acomodados, sino entre grupos sociales minoritarios adyacentes. Se vuelve feroz cuando las minorías compiten no solo por los recursos materiales, sino también por el reconocimiento simbólico. En cierto modo, los judíos han convertido en problemática la propia noción de minoría, ya que se han identificado plenamente con la mayoría y sus instituciones, al tiempo que forman parte de ella como una víctima indiscutible. Esta posición dual, híbrida y ambivalente, los convierte en una «minoría dominante» y reactiva así viejas proyecciones fantasmáticas antijudaicas. Al obliterar la vulnerabilidad de los judíos y del Estado de Israel, podemos transformarlos en superpotencias, convirtiéndolos en objetos privilegiados del poderismo y desplegando

así el capital simbólico moral asociado a esta denuncia⁹¹.

Estas ideas han ganado en plausibilidad porque han sido difundidas tanto en programas académicos como por poderosas organizaciones internacionales, las ONG, partidos políticos y, sobre todo, por redes académicas, en particular e irónicamente gracias a la influencia hegemónica del mundo académico estadounidense.

Los judíos están atrapados en el fuego cruzado de transformaciones fundamentales en la política internacional por los BRIC [Brasil, Rusia, India y China], el creciente papel desempeñado por Irán en el Sur global y la reconfiguración de las relaciones entre minorías y mayorías dentro de las democracias. Se encuentran en la intersección de nuevas fuerzas, tanto dentro de las naciones como a escala mundial. El odio ontológico a Israel⁹², el odio al hecho mismo de la existencia de Israel, ayuda a articular estas nuevas relaciones. El antisionismo, la versión intelectualmente respetable del antisemitismo, proporciona así comodidad cognitiva e identitaria. Simplifica la realidad, afirma la identidad de grupo de los grupos minoritarios víctimas del racismo y alimenta el capital moral de la izquierda progresista que los apoya. Esta comodidad es tanto mayor cuanto que el antisionismo se presenta como una ideología virtuosa. Cuando la Ilustración y sus virtudes han sido meticulosamente deconstruidas y rechazadas, el antisionismo se convierte en la única virtud capaz de unir a quienes lo han deconstruido todo. El 8 de octubre, la moral parecía estar muy lejos de la bondad y la justicia.

Si quiere sobrevivir como proyecto humanista, la izquierda debe cuestionar sus certezas y reimaginar las virtudes democráticas de la complejidad y la verdad. Sería desastroso para la democracia mundial que la izquierda hiciera la elección de la madre equivocada en el juicio de Salomón, la que prefiere dividir al niño en dos. No se puede defender mejor a los palestinos mostrando un odio justificado a Israel. Y defender a Israel no significa renunciar a la lucha por los derechos de los palestinos. El odio degrada y desacredita. Utilizarlo para defender a los palestinos solo retrasará una solución justa para ellos. Para conseguir su Estado, debemos trabajar con la misma determinación para garantizar que los judíos ya no tengan que justificar la existencia de Israel. Para ello necesitamos una actitud analítica justa y una amplia fraternidad.

EVA ILLOUZ

Agosto 2024

Edición original: Eva Illouz: Le 8-October. Généalogie d'une haine vertueuse. París: Tracts Gallimard, 60, Octubre 2024.

Traducción: Grupo de Investigación de Teoría Crítica de la Universitat de València (España). 13/10/2024.

NOTAS

- ¹ Bret Stephens, «The Anti-Israel Left Needs to Take a Hard Look at Itself», *The New York Times*, 10 de octubre de 2023: www.nytimes.com/2023/10/10/opinion/israel-hamas-protests-left.html
- ² Sofia Rubinson, «Cornell Professor “exhilarated” by Hamas’s Attack Defends Remark», *The Cornell Daily Sun*, 26 de octubre de 2023: cornellsun.com/2023/10/16/cornell-professor-exhilarated-by-hamass-attack-defends-remark/
- ³ «Offensive de Gaza: nous sommes tous palestinienNEs!», 7 de octubre de 2023: nouveaupartianticapitaliste.org/communiqué/offensive-de-gaza-nous-sommes-tous-et-toutes-palestiniennes
- ⁴ Sacha Benhamou, «L’ignominie de l’extrême gauche face au Bataclan israélien», *Le Journal du dimanche*, 10 de octubre de 2023: www.lejdd.fr/politique/lignominie-de-lextreme-gauche-face-au-bataclan-israelien-138834
- ⁵ Pierre Stambul, «Le porte-parole de l’Union juive pour la paix se confie à Algerie patriotique», 14 de octubre de 2023: ujfp.org/interview-de-pierre-stambul-par-algerie-patriotique/
- ⁶ «Palestinian Lives Matter Too: Jewish Scholar Judith Butler Condemns Israel’s “Genocide” in Gaza», *Democracy Now!*, 26 de octubre de 2023: www.democracy.now.org/2023/10/26/judith_butler_ceasefire_gaza_israel
- ⁷ Declaración conjunta de los grupos de solidaridad con Palestina de Harvard sobre la situación en Palestina: static.poder360.com.br/2023/10/comunicado-estudiantes-harvard-palestina-9out2023.pdf
- ⁸ Andreas Malm, «The Destruction of Palestine Is the Destruction of the Earth», 8 de abril de 2024: www.versobooks.com/blogs/news/the-destruction-of-palestine-is-the-destruction-of-the-earth
- ⁹ Dara Horn, «Why the Most Educated People in America Fall for Anti-Semitic Lies at Harvard and elsewhere, an old falsehood is capturing new minds», *The Atlantic*, febrero de 2024 www.theatlantic.com/ideas/archive/2024/02/jewish-anti-semitism-harvard-claudine-gay-zionism/677454/
- ¹⁰ Flinta son las siglas de Femme, Lesbian, Intersex, Trans et Agender [Mujer, Lesbiana, Intersexual, Trans y Agénero].
- ¹¹ Jean-Jacques Rousseau, *Discours sur l’origine et les fondements de l’inégalité parmi les hommes*, Gallimard, 1989 («Folio Essais»).
- ¹² Arthur Schopenhauer, *Les Deux Problèmes fondamentaux de l’éthique*, Gallimard, 2009 («Folio Essais»).
- ¹³ Charles Darwin, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, John Murray, Albemarle Street, 1888, p. 107.
- ¹⁴ Jennifer L. Goetz, Dacher Keltner y Emiliana Simon-Thomas, «Compassion: An Evolutionary Analysis and Empirical Review», *Psychological Bulletin*, vol. 136, núm. 3, 2010, p. 351; Marco F. H. Schmidt y Jessica A. Sommerville, «Fairness Expectations and Altruistic Sharing in 15-Month-Old Human Infants», *PloS One*, vol. 6, núm. 10, 2011; David G. Rand, Joshua D. Greene y Martin A. Nowak, «Spontaneous Giving and Calculated Greed», *Nature*, vol. 489, núm. 7416, 2012, pp. 427-430; Felix Warneken y Michael Tomasello, «Altruistic Helping in Human Infants and Young Chimpanzees», *Science*, vol. 311, núm. 5765, 2006, pp. 1301-1303.
- ¹⁵ Don Feder, «Killing Us with Kindness: How Liberal Compassion Hurts», *The Heritage Foundation*, 13 de enero de 1997: www.heritage.org/political-process/report/killing-us-kindness-how-liberal-compassion-hurts
- ¹⁶ Paul Zawadzki, «Cruauté, incommisération et éclipse de l’imagination. Aspects du fanatisme et au-delà», en Romuald Hamon y Yohan Trichet (eds.), *Radicalités contemporaines et crimes de haine*, Presses universitaires de Rennes, 2023, pp. 65-76.
- ¹⁷ Yoav S. Bergman y Ehud Bodner, «Ageist Attitudes Block Young Adults’ Ability for Compassion toward Incapacitated Older Adults», *International Psychogeriatrics*, vol. 11, núm. 9, febrero de 2015, pp. 1541- 1550; Delphine Grynberg y Sara Konrath, «The Closer You Feel, the More You Care: Positive Associations between Closeness, Pain Intensity Rating, Empathic Concern and Personal Distress to Someone in Pain», *Acta Psychologica*, vol. 210, octubre de 2020, pp. 103-175; Mina Cikara, Emile G. Bruneau y Rebecca R. Saxe, «Us and Them: Intergroup Failures of Empathy», *Current Directions in Psychological Science*, vol. 20, núm. 3, mayo de 2011, pp. 149-153.
- ¹⁸ Hongbo Yu *et al*, «Moral Barrier to Compassion: How Perceived Badness of Sufferers Dampens Observers’ Compassionate Responses», *Cognition*, vol. 237, agosto de 2023; Jennifer L. Goetz, Dacher Keltner y Emiliana Simon-Thomas, «Compassion: An Evolutionary Analysis and Empirical Review», art. cit.
- ¹⁹ Linda R. Tropp y Thomas F. Pettigrew, «Relationships between Intergroup Contact and Prejudice among Minority and Majority Status Groups», *Psychological Science*, vol. 16, núm. 12, 2005, pp. 951-57; Emile G. Bruneau y Rebecca Saxe, «The Power of Being Heard: The Benefits of “Perspective-Giving” in the Context of Intergroup Conflict», *Journal of Experimental Social Psychology*, vol. 48, núm. 4, 2012, p. 855-866.
- ²⁰ www.newworldencyclopedia.org/entry/Eritrean-Ethiopian_War
- ²¹ worldwithoutgenocide.org/genocides-and-conflicts/congo
- ²² Amina Elghoubachi, «Another Genocide in “Africa’s Great Lakes”, All Eyes Closed as Congo Drowns in Blood», *Barlaman Today*, 13 de febrero de 2014: barlaman.today.com/2024/02/13/another-genocide-in-africas-great-lakes-all-eyes-closed-as-congo-drowns-in-blood/
- ²³ Bruce Hoffman, «Understanding Hamas’s Genocidal Ideology», *The Atlantic*, 10 de octubre de 2023: www.theatlantic.com/international/archive/2023/10/hamas-covenant-israel-attack-war-genocide/675602/
- ²⁴ Judith Maltz, «Polarized: Israel-Gaza War Is Forcing Young US Jews to Choose Sides», *Haaretz*, 26 de diciembre de 2023.

-
- ²⁵ Harriet Alexander y Mackenzie Tatananni, «Columbia faculty is at war over antisemitism: Hundreds of professors sign new letter slamming 'appalling' colleagues who defended students for supporting Hamas as they demand university protects Jewish students», *dailymail.com*, 31 de octubre de 2023: www.dailymail.co.uk/news/article-12695497/columbia-university-professors-letter-antisemitism-defend-hamas.html
- ²⁶ Ram Fishman, X, 8 de noviembre de 2023: x.com/RamFishman/status/1722258229668057429
- ²⁷ Bruno Chaouat, *Is Theory Good for the Jews?*, Liverpool University Press, 2016 («Contemporary French and Francophone Cultures»).
- ²⁸ Susanne K. Langer, *Philosophy in a New Key*, Cambridge, Harvard University Press, 1976.
- ²⁹ John Phillips, *The Marquis de Sade: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, 2005.
- ³⁰ Fredrick Appel, *Nietzsche Contra Democracy*, Cornell University Press, 2019.
- ³¹ Bernhard Radloff, *Heidegger and the Question of National Socialism. Disclosure and Gestalt*. University of Toronto Press, 2007.
- ³² Carl Schmitt, *The Concept of the Political, Expanded Edition*, University of Chicago Press, 2007.
- ³³ Jacques Derrida, *De la grammatologie*, Éditions de Minuit, 1967, p. 227.
- ³⁴ Jacques Derrida, «La Pharmacie de Platon», *La Dissémination*, Seuil, 1972.
- ³⁵ Michel Foucault, *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, Gallimard, 1975 («Bibliothèque des histoires»).
- ³⁶ Edward W. Said, *Orientalism. L'Orient créé par l'Occident*, Seuil, 1978.
- ³⁷ Quisiera dar las gracias a Tiphaine Samoyault.
- ³⁸ John Martin Ellis, *Against deconstruction*, Princeton University Press, 1989, p. 140.
- ³⁹ Steven Lukes (ed.), *Power*, New York University Press, 1986.
- ⁴⁰ Jacques Derrida. *Marx & Sons*, PUF/Galilée, 2002, p. 77.
- ⁴¹ Carta de Karl Marx a Arnold Ruge, Kreuznach, septiembre 1843 www.marxists.org/archive/marx/works/1843/letters/43_09.htm
- ⁴² Peter G. Stillman. «Marx's enterprise of critique», *Nomos*, núm. 26, 1983, pp. 252-276.
- ⁴³ Louis Althusser. *Sur la reproduction*, PUF, 1995; nueva edición en 2011.
- ⁴⁴ Edward Palmer Thompson, *The Poverty of Theory & Others Essays*, Merlin Press, 1978 [traducido al francés en 2015: *Misère de la théorie. Contre Althusser et le marxisme anti-humaniste*, L'Échappée].
- ⁴⁵ Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*, Anchor, 1966; Penguin Books, 1971 [traducido al francés en 1986: *La Construction sociale de la réalité*, Méridiens Klincksieck, 1986].
- ⁴⁶ Max Weber, *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, Berkeley, University of California Press, 1978.
- ⁴⁷ Daniel Kahneman y Amos Tversky, «On the psychology of prediction», *Psychological review*, vol. II, 80, núm. 4, 1973, p. 237.
- ⁴⁸ Tessa Wong y Raffi Berg, «China seeks to unite Palestinian factions with reconciliation deal», *BBC News*, 23 de julio de 2024: www.bbc.com/news/articles/crgm147lzv1o
- ⁴⁹ Jacob Magid, «"Black Lives Matter", declare groups representing majority of US Jews in NYT ad», *The Times of Israel*, 29 de agosto de 2020: www.timesofisrael.com/black-lives-matter-declare-groups-representing-majority-of-us-jews-in-nyt-ad/
- ⁵⁰ Cheryl Lynn Greenberg, *Troubling the Waters: Black-Jewish Relations in the American Century*, Princeton University Press, 2006.
- ⁵¹ Susan Neiman, «History and Guilt», *Aeon*, 12 de agosto de 2013: aeon.co/essays/dare-we-compare-american-slavery-to-the-holocaust
- ⁵² Cheryl Lynn Greenberg, *Troubling the Waters*, *op. cit.*
- ⁵³ La psicología social denomina victimismo competitivo (CV) a este comportamiento entre grupos oprimidos y lo define como «una tendencia a considerar que el propio grupo ha sufrido comparativamente más que un grupo ajeno». Véase: Isaac F. Young y Daniel Sullivan, «Competitive Victimhood: A Review of the Theoretical and Empirical Literature», *Current opinion in Psychology*, vol. II, 11, octubre de 2016.
- ⁵⁴ Walter D. Mignolo y Catherine E. Walsh, *On Decoloniality: Concepts, Analytics, Praxis*, Duke University Press, 2018; Anibal Quijano, «Coloniality of Power, Eurocentrism and Latin America», *International Sociology*, vol. II, 15, núm. 2, junio de 2000, pp. 215-232.
- ⁵⁵ Edward W. Said, *Orientalism*, *op. cit.*
- ⁵⁶ Eve Tuck y K. Wayne Yang, «Decolonisation Is Not a Metaphor», *Decolonization: Indigeneity, Education & Society*, vol. I, núm. 1, 2012, pp. 1-40. 1, núm. 1, 2012, pp. 1-40.
-

- ⁵⁷ Neil Larsen, «The Reactionary Jargon of Decoloniality», *Jacobin*, 29 de diciembre de 2023: jacobin.com/2023/12/walter-mignolo-politics-of-decolonial-investigations-review-decoloniality-postcolonialism-academic-jargon-universalism
- ⁵⁸ Peter P. Ekeh, «*Colonialism and Social Structure*», *conferencia inaugural*, Universidad de Ibadán, 1983.
- ⁵⁹ Anibal Quijano, «Coloniality of Power, Eurocentrism and Latin America», *art. cit.*
- ⁶⁰ Patrick Wolfe, *Settler Colonialism and the Transformation of Anthropology: The Politics and Poetics of an Ethnographic Event*, Burns & Oates, 1999.
- ⁶¹ Kwame Nkrumah, «The Mechanims of Neo-Colonialism», 1965: www.marxists.org/subject/africa/nkrumah/neo-colonialism/ch18.htm
- ⁶² Marisa Iati, «What Is Critical Race Theory, and Why do Republicans Want to Ban It in Schools?», *The Whashington Post*, 29 de mayo de 2021: www.washingtonpost.com/education/2021/05/29/critical-race-theory-bans-schools/.
- ⁶³ Véase Steve Cohen, *That's Funny, You Don't Look Anti-Semitic*, Leeds, Beyond the Pale Collective, 1984. Se cita y analiza en David Hirsh (ed.), *The Rebirth of Antisemitism in the 21st Century: From the Academic Boycott Campaign into the Mainstream*, Routledge, 2023, p. 51.
- ⁶⁴ Bruno Chauat, *Is Theory Good for the Jews*, op. cit.
- ⁶⁵ archives.mrap.fr/mediawiki/index.php/Dossiers_thématiques_-_Le_changement_de_nom_du_MRAP
- ⁶⁶ Sergio DellaPergola, «Jews in the European Community: Socio-demographic Trends and Challenges», en *The American Jewish Year Book*, 1993, pp. 25-82; Sonia Tebbakh, *Muslims in the EU: Cities report*, Open Society Foundations, 2007.
- ⁶⁷ Joel Fishman, «“A Disaster of Another Kind”: zionism = racism, Ist Beginning, and the War of Delegitimization against Israel», *Israel Journal of Foreign Affairs*, vol. 5, núm. 3, 2011, pp. 75-92.
- ⁶⁸ David Patterson, *A Genealogy of Evil: Anti-Semitism from Nazism to Islamic Jihad*, Cambridge University Press, 2010.
- ⁶⁹ Chris Harman, «The Prophet and the Proletariat», *International Socialism Journal*, vol. 2, núm. 64, otoño 1994: <https://www.marxists.org/archive/harman/1994/xx/islam.htm>
- ⁷⁰ *Ibid.*
- ⁷¹ Emmanuel Karagiannis y Clark McCauley, «The Emerging Red-Green Alliance: Where Political Islam Meets the Radical Left», *Terrorism and Political Violence*, vol. II. 25, núm. 2, 2013, pp. 167-182.
- ⁷² *Ibid.* p. 172.
- ⁷³ *Ibid.* p. 177.
- ⁷⁴ *Ibid.* p. 168.
- ⁷⁵ «Israel Incensed After Brazil's Lula Likens Gaza War to Holocaust», *Reuters*, 18 de febrero de 2024: www.reuters.com/world/israel-incensed-after-brazils-lula-likens-gaza-war-holocaust-2024-02-18/
- ⁷⁶ Andreas Malm, «The Destruction of Palestine Is the Destruction of the Earth», art. cit.
- ⁷⁷ *Ibid.*
- ⁷⁸ Emmanuel Karagiannis y Clark McCauley, «The Emerging Red-Green Alliance: Where Political Islam Meets the Radical Left», art. cit.
- ⁷⁹ «Qui sommes-nous», en indigenes-republique.fr/le-p-i-r/que-voulons-nous/. Consultado el 13 de junio de 2024.
- ⁸⁰ Houria Bouteldja, *Les Blancs, les Juifs et nous*, La Fabrique, 2016, p. 49.
- ⁸¹ «8 mai 2015: le PIR fête ses 10 ans avec... Angela Davis»: indigenes-republique.fr/8-mai-2015-le-pir-fete-ses-10-ans-avec-angela-davis-2/
- ⁸² «La décolonisation chez nous est la meilleure manière de soutenir la lutte palestinienne (Tasnim Mahmoud)»: indigenes-republique.fr/la-decolonisation-chez-nous-est-la-meilleure-maniere-de-soutenir-la-lutte-palestinienne-tasnim-mahmoud/
- ⁸³ The Muslim Brotherhood on US Campuses, Counter Extremism Project: www.counterextremism.com/themes/custom/cep/templates/reports/muslim-brotherhood-on-campus/files/Muslim_Brotherhood_on_US_Campuses_060920.pdf
- ⁸⁴ Sian Melvill Hawthorne y Adriaan Van Klinken, «Catachresis: Religion, Gender, and Postcoloniality», *Religion and Gender*, vol. 3, núm. 2, agosto 2013 www.researchgate.net/publication/290156322_Catachresis_Religion_Gender_and_Postcoloniality. Consultado el 9 de abril de 2024.
- ⁸⁵ «Entretien: David Nirenberg et l'antijudaïsme comme manière de penser», entrevista de David Haziza, *Revue K*, 14 de septiembre de 2022: k-larevue.com/entretien-david-nirenberg-et-lantijudaisme-comme-maniere-de-penser/
- ⁸⁶ David Nirenberg, *Anti-Judaism: the Western Tradition*, W.W. Norton & Company, 2013, p. 316.
- ⁸⁷ Daniel Kahneman, *Pensar, rápido y despacio*, Penguin Books, 2012.
- ⁸⁸ *Ibid.*
- ⁸⁹ *Ibid.*
- ⁹⁰ Thomas Medvetz y Jeffrey J. Sallaz, «Introduction: Pierre Bourdieu, a Twentieth-Century Life», en *The Oxford Handbook of Pierre Bourdieu*, Oxford University Press, 2018, p. 2.
- ⁹¹ Joel Fishman, «A Disaster of Another Kind», art. cit; véase también Ernest Sternberg, «The Origin of Globalized anti-Zionism: A Conjunction of Hatreds Since the Cold War», *Israel Affairs*, vol. II. 21, núm. 4, 2015, pp. 585-601.

⁹² Pierre-André Taguieff, *Rising From the Muck: The New Anti-Semitism in Europe*, Ivan R. Dee, 2004.